—¡Cómo!—exclamó su madre,—es ya muy vieja para casarse.

Todos creímos que lo decía en broma.

—Digo la verdad,—contestó la madre, como admirándose de nuestra incredulidad; —¿ven esta otra?—Y nos señaló otra más pequeña.—Dentro de seis meses cumplirá diez años y hace más de uno que está casada.

La niña bajó la cabeza. Nosotros no lo creímos.

—¿Qué quieren que les diga?—continuó su madre,—si no quieren creerme bajo mi palabra, hágannos el honor de ir á nuestra casa el sábado, para que podamos recibirlos dignamente, y verán al marido y á los testigos del casamiento.

—¿Y cuántos años tiene el marido?—pregunté.

—Diez cumplidos, señor.

Viendo que no queríamos creerlo, nos lo aseguraron todas las demás mujeres, añadiendo que son raras las muchachas que se casan después de los doce años, que la mayor parte lo están á los diez, muchas á los ocho, y no pocas á los siete, con niños casi de la misma edad; y que naturalmente, mientras son pequeños viven con sus padres, que continúan tratándolos como niños, los alimentan, los visten, los cuidan y les dan azotes sin tener en cuenta su dignidad marital; pero están siempre juntos y la mujer sujeta al marido.

A nosotros nos parecía que oíamos hablar de

otro mundo, y escuchábamos con la boca abierta, vacilando entre la risa, la compasión y el desdén.

—Pero...—dijo titubeando el Embajador,—¿están juntos también... de la noche á la mañana?

—Naturalmente,—respondió la madre;—porque son marido y mujer.

—¿Pero no comprendéis—dijo el Embajador indignado—que eso está mal hecho; que es contrario á las leyes de la naturaleza; que es perjudicial al alma y al cuerpo, y que de ese modo, en lugar de educar moral y físicamente á la infancia, la profanais y la ahogais?

—¡Cómo, señor Embajador!—respondió la madre con la mayor desenvoltura—no crea eso. Nada de eso sucede. Son niños.. —Y aquí se acercó á nosotros y bajó la voz.—Son niños, no saben nada, no piensan en nada, charlan y ríen entre sí, y cuando están cansados, echan la cabeza en la almohada y duermen como angelitos. No hay nada malo, señor Embajador.

El Embajador intentó aún persuadirla de que aquello era malo; pero la buena mujer continuó repitiendo:—No hay nada malo, nada malo..—y siguió en sus trece.

En aquel momento la esposa de nueve años daba besos al perro de caza del Sr. Patxot, atado en un rincón del patio.

¡Pobres criaturas! ¡Nos dió lástima verlas cuando se despidieron, volver á poner las babuchas de-

bajo del brazo y á esconder los brazaletes en el seno, y tan hermosas y ricamente vestidas, caminar con los pies desnudos por aquellas calles pedregosas é inmundas, mirando en torno suyo con expresión de humildad suplicante, como para conjurar los insultos y los empujones de los transeuntes!

***

Una comida en casa del Ministro de la Guerra.

Nos recibió, apenas entramos, en un patio angosto, cerrado por cuatro paredes altísimas y oscuro como un pozo. A un lado había una puertecilla de poco más de un metro de altura, en el otro una gran puerta sin batientes y una habitación desnuda, con un colchón en el suelo y algunas hojas de papel pasadas por un bramante colgado á la pared; la correspondencia, según creo, de su excelencia.

Se llama Sidi-Abd-Allah-Ben-Hamed, es hermano mayor de Sidi-Mussa, tiene cerca de sesenta años es negro, gordo, zambo y trémulo; pero tiene aspecto y maneras simpáticas. Habla poco, cierra los ojos con frecuencia y se sonrie cortesmente bajando la cabeza medio escondida en un gran turbante.

Cambiadas algunas palabras, fuimos invitados á pasar al comedor. Primero el Embajador y después todos los demás, uno á uno, doblándonos casi en ángulo recto, atravesamos la puertecilla y llegamos á otro patio espacioso, rodeado de arcos elegantes y cubierto de variadísimos y espléndidos mosáicos. El palacio es un regalo del Emperador á Sidi-Abd-Allah. El mismo nos lo dijo bajando la cabeza y cerrando los ojos con religiosa veneración.

En un ángulo del patio estaba un grupo de oficiales con turbante y jáique blanco; en la parte opuesta varios criados, entre los que descollaba un joven de muy buena presencia, vestido de azul, á lo zuavo, con una gran pistola al cinto. En todas las ventanillas de las cuatro paredes se veían aparecer y desaparecer cabezas de mujeres y niñas de todos colores, y en todas partes se oían vagidos de niños.

Nos sentamos alrededor de una mesa pequeña, en un pequeñísimo aposento, ocupado en su mayor parte por dos enormes lechos. El Ministro se colocó cerca del Embajador, un poco detrás, y allí estuvo durante toda la comida manoseando su negro pie, colocado perpendicularmente sobre la otra rodilla, de modo que llegaba al nivel de la mesa, y los respetables dedos ministeriales á un palmo del plato del comandante. Nos servían los soldados de la Legación. A un paso de la mesa estaba el jigante azul, inmóvil como una estatua y con la mano en el pistolón.

Sidi-Abd-Allah estuvo muy fino con el Embajador.

—Me sois simpático—hizo que sin preámbulos le dijese el Sr. Morteo.

El Embajador contestó que tenía respecto á él el mismo sentimiento.

—Apenas os ví—continuó el Ministro—mi corazón fué vuestro.

El Embajador le devolvió el cumplido.

—Al corazón—añadió Sidi-Abd-Allah—no se le resiste, y cuando nos manda amar á una persona, se la ama, aun sin saber por qué.

El Embajador le presentó la mano, y él la oprimió contra su corazón.

Nos trajeron diez y ocho platos. No quiero hablar de esto. Baste decir que estoy seguro que se me tendrán en cuenta en el día del juicio. Además el agua era almizclada, el servicio de mil colores y las sillas se bamboleaban. Estas pequeñas calamidades, en vez de ponernos de mal humor, nos pusieron en vena de broma; así es que pocas veces tuvimos tan buenas ocurrencias como aquella mañana. ¡Si nos hubiera oído Sidi-Abd-Allah! Pero Sidi-Abd-Allah era todo ojos y oídos para el Embajador. Nos asustó un momento el Sr. Morteo diciéndonos en voz baja, que siendo de Túnez el jigante azul, podría suceder que entendiese algo de italano. Pero mirándolo con atención á cada broma y viéndolo siempre impasible como una estatua, nos tranquilizamos y seguimos con nuestra charla sin hacerle caso. ¡Cuántos parecidos exactos, inesperados,

de gran efecto cómico, pero desgraciadamente imposibles de repetir, encontramos en aquellos guisos y en aquellas salsas!

Terminada la comida pasamos al patio, donde el Ministro de la Guerra presentó al Embajador uno de los jefes superiores del ejército. Era el comandante general de artillería; un viejo pequeño, seco, encorvado como una *C*, con una enorme nariz ganchuda y ojillos diabólicos, cara de ave de rapiña, cargado, más que cubierto, de un enorme turbante amarillo de forma casi esférica y vestido casi á la zuava, todo de azul y con una capa blanca en los hombros. Llevaba un gran sable al lado y un puñal plateado á la cintura. El Embajador hizo que le preguntasen á qué grado de la gerarquía europea correspondía el suyo en el ejército marroquí. Parecía que la pregunta lo ponía en confusiones. Pensó algunos momentos y contestó balbuciendo:—General;—lo pensó otra vez y dijo:—No, coronel;—y quedó confuso. Dijo que era natural de Argel y me asaltó la sospecha de que era un renegado. ¡Sabe Dios por qué extrañas vicisitudes era coronel en Marruecos!

En aquel momento los demás oficiales comían en una habitación baja que daba al patio, todos sentados en círculo en el suelo, con los platos en el centro. Comprendí perfectamente al verlos comer, cómo los moros pueden pasar sin cuchillo y sin tenedor. Es imposible decir con qué garbo, destreza

y precisión hacían pedazos los pollos, el carnero asado, la caza, el pescado y todo. Con pocos, pero rapidísimos movimientos de las manos, sin descomponerse de ningún modo, cada uno tomaba exactamente su parte. Parecía que tenían las uñas tan cortantes como navajas de afeitar. Metían los dedos en las salsas, hacían bolas de alcuzcuz, comían á puñados la ensalada, y ni un pedazo, ni una gota, caían fuera del plato. Cuando se levantaron, vimos que tenían los caftanes blancos tan limpios como antes. De cuando en cuando, un criado daba la vuelta con una jofaina y una toalla, se lavaban y volvían á meter la zarpa en otro plato. Ninguno daba á conocer que sabía que nosotros los estábamos mirando.

¿Qué oficiales serían? ¿Jefes de Estado Mayor? ¿Ayudantes de campo? ¿Oficiales del Ministerio de la guerra? ¿Quién puede saber nada en Marruecos, sobre todo del ejército, que es el más misterioso de todos los misterios? Se dice, por ejemplo, que en caso de una guerra santa, cuando se proclama la ley Djehad, que llama á las armas á todos los hombres útiles, el Emperador puede reunir doscientos mil soldados; pero si no se conoce ni aun con corta diferencia el número de la población del Imperio, ¿en qué bases se apoya esta cifra? ¿Quién sabe cuánto es el ejército permanente? ¿Y quién puede saber nada del número ni del régimen, si fuera de los jefes, ninguno sabe nada, y éstos, ó no quieren

contestar, ó no dicen la verdad, ó no saben hacerse entender?

Sidi-Abd-Allah, como cortés huesped, quiso tener nuestros nombres escritos en su cartera, y se despidió, llevándose al corazón las manos de todos nosotros.

Estábamos ya junto á la puerta, cuando se llegó á nosotros el jigante azul turquí. Nos detuvimos, nos miró con aire truhanesco y dijo en voz baja, en buen italiano, salvo la pronunciación morisca:

—Señores, sigan bien.

Saltaron á nuestra mente las bromas dichas en la mesa y quedamos aterrados.

—¡Ah perro!—gritó Ussi.

El perro había desaparecido.

* * *

Cada paseo es una pequeña expedición militar: hay que avisar al Caid, reunir una escolta, llamar un intérprete, mandar á buscar las cabalgaduras, y antes de que todo esté listo se necesita una hora. Por eso permanecemos en casa gran parte del día, pero el espectáculo de la casa nos compensa de la sujeción. Es una continua procesión de criados negros, de soldados vestidos de rojo, de enviados de la corte, de negociantes de la ciudad, de moros enfermos que buscan al médico, de rabinos que vienen á saludar al Embajador, de judías que traen

ramos de flores, de correos que traen cartas de Tánger, y mozos que traen la *mona*. En el patio trabajan mosaiscistas para Visconti Venosta; en la azotea albañiles; en la cocina un hormiguero de cocineros; en el jardín tienden sus telas los negociantes, y el señor Vincent sus uniformes; el médico se columpia en una faja atada á dos árboles; los pintores pintan á la puerta de su habitación; los soldados y los criados saltan y gritan en las callejuelas vecinas, todas las fuentes brotan produciendo el ruido de una lluvia, y entre los naranjos y los limoneros del jardín cantan centenares de pájaros. Se pasa el día entre el juego de pelota y la historia de Kaldun y la noche entre el ajedrez y el canto, dirigido por el comandante, primer tenor de Fez. La noche la pasaría mejor si no me pasasen continuamente por delante los criados negros de Mohammet Ducali, que ocupa una habitación junto á la mía. En mi cuarto duerme también el doctor y tenemos para los dos un pobre diablo de criado árabe que nos hace morir de risa. Nos dicen que es de familia, si no rica, á lo menos sin necesidades, y que se agregó á la caravana como criado, en Tánger, para hacer un *viaje de placer*. Apenas llegó á Fez, término de su viaje de placer, no sé por qué falta, pero seguramente por poca cosa, fué apaleado, y desde entonces nos sirve con un celo furioso. No comprende nada, ni siquiera por señas; tiene siempre facha de asustado; le pedimos el

ajedrez y trae la escupidera; ayer lo mandó el médico á buscar pan, y trajo, para acabar más aprisa, un pedazo de corteza que encontró en medio del jardín. No podemos tranquilizarlo; está aterrado de nosotros y trata de aplacarnos con servicios extravagantes que no le pedimos; uno de ellos es mudar tres veces el agua de las jofainas antes de levantarnos.

Además, para agradarnos, todas las mañanas espera plantado en medio del aposento, con la taza del café en la mano, á que el doctor ó yo despertemos, y al primero que da señales de vida se le echa encima y le mete la taza en las narices con la prisa del que quiere hacer tomar un contraveneno. Otro personaje notable es la lavandera, una mujerona con la cara cubierta, basquiña verde y pantalones encarnados, que viene á buscar nuestra ropa blanca, destinada ¡ay! á ser desgarrada por los moros. Es supérfluo decir que no nos planchan nada: no hay una plancha en todo Fez, y nos ponemos la ropa tal como sale de las garras de los lavanderos. —Acaso,—nos dijeron,—habrá alguna plancha en el Mellá.—Hay de todo; lo difícil es encontrar algo. Hay, por ejemplo, un carruaje, pero pertenece al Emperador. Se dice que hay también un piano; lo han visto entrar en la ciudad hace años, pero no se sabe con seguridad quién lo tendrá. Es una diversión mandar á comprar á las tiendas —¿Una vela?—No hay,—contestan, pero la haremos ense-

guida.—¿Un metro de cinta?—Mañana por la tarde tendremos cinta hecha.—¿Cigarros?—Tenemos tabaco; se los podremos dar dentro de una hora.—El Vicecónsul busca hace algunos días un libro antiguo árabe, y todos los moros á quienes pregunta se miran á la cara y dicen:—¿Un libro? ¿Quién tiene libros en Fez? Hace tiempo tenía uno, si no estamos engañados, Fulano de tal, pero ha muerto y no sabemos quiénes son los herederos. —¿Podría encontrarse algún periódico árabe impreso en otro país?—Un solo periódico árabe impreso en Argel llega regularmente á Fez, pero viene dirigido al Emperador.—En fin, bueno es pensar que estoy á menos de doscientas millas de Gibraltar, donde esta misma noche, probablemente, se representa *Lucía de Lammermoor*, y que de aquí á ocho días podré pasearme en la Loggia de Lanzi, en Florencia. Y sin embargo, siento un alejamiento inmenso. No es la distancia, sino las cosas y las gentes, lo que más nos aleja de nuestro país. ¡Con qué placer rompemos la faja de la *Gaceta Oficial* y abrimos los sobres de las cartas! ¡Pobres cartas que escaparon de manos de los carlistas, que pasaron por entre los bandidos de Sierra Morena, traspasaron las rocas de la montaña Roja, atravesaron en la mano de un beduino las aguas del Kus, del Sebú, del Mequés, del rio de la Fuente Azul, y nos traen una palabra amorosa en medio de los improperios y de las maldiciones!

Pasamos muchas horas viendo trabajar á los pintores. Ussi ha hecho un precioso boceto de la gran recepción, en que ha copiado admirablemente la figura del Sultán; Biseo, pintor atrevidísimo de arquitectura oriental, está copiando la fachada de la casita del jardín. Hay que oir para divertirse, á los soldados y á los comerciantes que vienen á ver el cuadro. Llegan en puntillas á espaldas del pintor, miran haciendo un anteojo con la mano, y casi todos se echan á reir como si hubieran visto una cosa muy rara. La cosa es, que en el dibujo el segundo arco de la fachada es más pequeño que el primero y el tercero más pequeño que el segundo. Ignorando como ignoran toda idea de perspectiva, creen que aquella desigualdad es un error, y dicen que la casa baila, que las paredes están torcidas, que la puerta está fuera de su sitio, y se marchan llamando borrico al artista. Ussi es más estimado desde que se sabe que ha estado en el Cairo y que ha pintado la partida de la gran caravana para la Meca, por encargo del Virey, que le dió quince mil escudos. Dicen, sin embargo, que el Virey estaba loco para pagar quince mil escudos por un trabajo en que, á todo tirar, habría gastado el artista cien pesetas en colores. Un comerciante preguntó á Morteo si Ussi pintaba también muebles. Lo más bonito es lo que le sucede á Biseo, que va todas las mañanas á Fez nueva á copiar una mezquita, escoltado, se entiende, por cuatro ó cinco soldados

armados de palos. Antes de colocar el caballete tiene alrededor trescientas personas, y los soldados tienen que gritar y forcejear como condenados para que le dejen libre el espacio apenas suficiente para ver la mezquita. Pronto son inútiles los gritos y los empujones, y entonces entra el palo. A cada pincelada un garrotazo; pero se dejan pegar y son peores. A veces se acerca algún santo con malas intenciones, y los soldados lo detienen. Hay también algún moro progresista que se le aproxima en ademán amistoso, que se inclina, mira, aprueba y se aleja animándolo por señas. La mayor parte de estos progresistas admiran bastante más el caballete y la silla portátil que la pintura. Un día un moro de aspecto salvaje le mostró el puño, y luego, volviéndose hacia sus compatriotas, pronunció un largo discurso con voz y gestos de endemoniado. Un intérprete que estaba presente, nos dijo que incitaba al pueblo contra Biseo, diciendo que *aquel perro* había sido enviado por el Rey de su país á copiar las más hermosas mezquitas de Fez, para que al asaltar la ciudad el ejército cristiano las conociese y las bombardease con preferencia. Ayer (estaba yo presente), se le acercó un viejo moro mal vestido, con cara de buen hombre, sonriéndose, que parecía tener muchas cosas que decirnos, y vacilando un poco en la pronunciación de las palabras, exclamó con voz conmovida:—*¡France! ¡Londres! ¡Madrid! ¡Roma!* Nos quedamos admirados, como puede su-

ponerse. Le pregunté si sabía hablar francés, italiano ó español. Contestó que sí, por señas.—Hable, pues,—le dije. Se rascó la frente, suspiró, dió una patada en el suelo, y exclamó de nuevo: ¡*France*! ¡*Londres*! ¡*Roma*! ¡*Madrid*!—y señalaba el horizonte. Quería decir que había visto aquellos países y acaso que había sabido hacerse entender en nuestras lenguas, pero que lo había olvidado todo. Le hice otras preguntas, pero no le saqué más que aquellos cuatro nombres, y se marchó repitiendo:—¡*Madrid*! ¡*Roma*! ¡*France*! ¡*Londres*!—saludándonos afectuosamente hasta perdernos de vista, y manifestando por señas el sentimiento de no poder hablar.—Se encuentra de todo entre esta gente,—decía incomodado Biseo,—hasta hay algunos extravagantes que nos quieren bien; pero no hay siquiera un perro que quiera dejarse retratar. Hasta ahora, en efecto, todos los esfuerzos de los pintores han sido inútiles. Hasta se negó nuestro fiel Selam. —¿Tienes miedo al diablo?—le preguntó Ussi.—No, —respondió con su acento solemne,—tengo miedo á Dios.

***

Hemos subido á la cumbre del monte Zalag, el comandante, Ussi y yo, guiados por el capitán Boccard, apreciabilísimo joven, notable, tanto por su destreza corporal, como por su ánimo y agudeza de ingenio. Nos acompañaron un oficial de la

escolta, tres infantes, tres jinetes y tres criados. Cuando llegamos á la falda del monte, que está á hora y media al Nordeste de la ciudad, hicimos alto para almorzar; después de lo cual, el capitán colocó un escudo en un palo clavado en el suelo é hizo tirar al blanco con su revólver á soldados y criados. El premio era apetitoso y todos tiraron con gran empeño; pero como era la primera vez que tomaban en la mano aquel arma, ninguno dió en el blanco, y se le entregó el escudo al oficial para que lo repartiese entre todos. Daba risa ver las actitudes que tomaban para hacer la puntería. Quién echaba la cabeza atrás, quién se encorvaba todo hacia adelante, quién clavaba la barba junto al martillo, y quién se ponía en guardia como un tirador de sable. Habituados todos á las actitudes terribles, ninguno sabía adaptarse á la postura tranquila y reposada que el capitán les enseñaba. Un soldado vino á preguntarnos si queríamos dar una gratificación á una campesina, á quien había tomado un jarro de leche para nosotros. Le contestamos que sí, pero con la condición de que la misma aldeana viniese á buscarla. La aldeana vino. Era una mujer como de treinta años, negra, ajada, cubierta de andrajos y capaz de haber inspirado repugnancia aun al hombre atacado de la más ciega satiriasis.

Se acercó á pasos lentos cubriéndose el rostro con una mano, y llegado que hubo á cinco pasos de nosotros, nos volvió la espalda y extendió la

otra mano. ¡Cómo se incomodó el comandante!—Esté tranquila—gritó—no me enamoro; no pierdo la cabeza; todavía puedo dominarme. ¡Dios de los Dioses, qué espantoso pudor!—Le pusimos una moneda en la mano, recogió la vasija, apretó á correr hacia su cabaña, y al llegar al dintel de la puerta destrozó el jarro profanado contra una piedra... Comenzamos la subida á pie, acompañados de parte de la escolta. El monte tiene una altura de cerca de mil metros sobre el nivel del mar, y es rocoso, empinadísimo y sin senderos. A los pocos minutos, el capitán desapareció entre las rocas; pero el comandante, Ussi y yo, pasamos uno de los doce trabajos de Hércules Cada uno llevaba á su lado un árabe que lo guiaba y le indicaba dónde había de poner los pies, lo cual no impedía que tropezásemos muchas veces en los pedruscos, recordando con terror las dos primeras estrofas del *Natale*, de Alejandro Manzoni. En algunos sitios tuvimos que trepar como gatos, agarrándonos al césped y á las yerbas, resbalando sobre las rocas, arrastrándonos, pataleando y cogiéndonos del brazo de nuestros guías, como el náufrago coge la tabla de salvación. De vez en cuando veíamos encima de nosotros alguna cabra que parecía suspendida sobre nuestras cabezas, tan abrupta era la pendiente; y las piedras apenas las tocábamos, rodaban hasta el pie del monte. Con la ayuda de Dios, después de una hora de esfuerzos, llegamos á la cima

rendidos, pero sin roturas. ¡Qué hermosa vista! Abajo en el fondo la ciudad, semejante á una pequeña mancha blanca de la forma de un ocho, rodeada de murallas negras, de cementerios, de jardines, de casas de santos, de torres, y toda la cuenca verde que la contiene; á la izquierda, una larga faja brillante, el Sebú; á la derecha, la gran llanura de Fez, regada por el río de las Perlas y el río de la Fuente Azul; al Mediodía, las azuladas cimas de la gran cadena del Atlas; al Norte, las montañas del Riff; al Oriente, la vasta llanura ondulada donde está la fortaleza de Teza, que cierra el paso entre la cuenca del Sebú y la del Muluya; debajo de nosotros, grandes ondulaciones de terreno llenas de grano amarillo, señaladas por innumerables senderos y recorridas por larguísimas filas de jigantescos áloes; una grandeza de líneas, una magnificencia de verdura, una limpidez de cielo, un silencio y una tranquilidad que arrebatan el alma. ¡Quién diría que en este paraíso terrestre dormita un pueblo decrépito encadenado sobre un montón de ruinas! El monte, que visto desde la ciudad parecía un cono, tiene, por el contrario, una forma prolongada y es todo roca en la cumbre. El capitán había subido á la punta más alta; nosotros tres, más cuidadosos de la vida, nos desparramamos entre las rocas más bajas y nos perdimos de vista. A los pocos pasos, á la salida de una pequeña garganta, me encontré cara á cara con un árabe. Me detuve; detúvose él también, y pareció admirarse de verme solo. Era un hombre como de cincuenta años, de mala facha y armado de un grueso garrote. Tuve un momento la sospecha de que quería apoderarse de mi bolsa, pero con gran sorpresa mía, en lugar de atacarme me saludó, se sonrió, y señalando mi barba con una mano y acariciando la suya con la otra, dijo dos ó tres veces no sé qué cosa, que me parecía una pregunta, cuya respuesta le corría gran prisa. Movido por la curiosidad, llamé al oficial de la escolta que sabía algunas palabras en español, y le pedí que me dijese lo que aquel hombre quería. ¡Quién podía haberlo imaginado! Por hacerme un cumplido; ¿por qué otra cosa podía ser? Me había preguntado así, *ex abrupto*, por qué no me dejaba toda la barba, que sería mejor que la suya. Los soldados de la escolta nos seguían á la distancia de unos veinte pasos, y como de vez en cuando nos llamábamos unos á otros en alta voz, y era lo primera vez que oían nuestros nombres, los encontraban raros, se reían y los repetían entre ellos con pronunciación morisca, estropeándolos del modo más gracioso:—*¡Isi! ¡Amigi!*—El oficial dijo bruscamente:—*¡Scut!* (silencio), y todos callaron. El sol estaba alto y abrasaba tanto, que el mismo capitán, acostumbrado al calor de Túnez, sentía necesidad de sombra, por lo cual, después de dirigir la última mirada á las cimas del Atlas, bajamos á toda prisa y volvimos á tomar el camino

de Fez, donde tuvimos una sorpresa. La puerta de El-Ghisa, por donde debíamos entrar, estaba cerrada.—Entremos por otra—dijo el comandante.—Están todas cerradas—respondió el oficial de la escolta; y viéndonos admirados nos explicó el misterio, diciendo que todos los días de fiesta (era viernes), á la hora de la plegaria del medio día, se cierran todas las puertas de la ciudad, porque creen los musulmanes que en un día de fiesta y justamente á aquella hora, no se sabe qué año ni qué día, se han de apoderar los cristianos del país por un golpe de mano. Así, pues, hubo que esperar á que abriesen la puerta, y apenas entramos, oímos un fino cumplido. Una vieja nos mostró el puño refunfuñando algunas palabras. Pregunté al oficial qué significaban.—Nada, nada—contestó—es un disparate.—Insistí diciéndole que fuera lo que quisiera, no lo tomaría á mal.—Pues bien—dijo el oficial sonriendo—es una locución del país: los hebreos al yugo y los cristianos... al asador.

***

El médico ha operado á un enfermo de catarata, *coram populo*, en el jardín del palacio. Había una multitud de amigos, de parientes, de soldados y de criados, unos colocados en círculo en torno del enfermo y otros en una larga fila que llegaba desde el lugar de la operación hasta la puerta de la calle, donde otra multitud esperaba. El enfermo era un

moro viejo, ciego hacía más de tres años. En el momento de colocarse en la silla se detuvo como asustado; después se sentó con ademán resuelto y no volvió á dar muestra de debilidad. Mientras el médico operaba, toda aquella gente parecía petrificada. Los niños estaban cogidos á los vestidos de las mujeres y éstas abrazadas entre ellas en actitud de terror, como si asistiesen á una ejecución capital. No se oía ni un aliento. Nosotros estábamos con gran ansiedad por la importancia «diplomática» de la operación..... De repente el enfermo lanzó un grito de alegría y cayó de rodillas. Había sentido la primera impresión de la luz. Toda la gente que estaba en el jardín saludó al médico con un grito, al que respondió otro de la turba reunida en la calle. Los soldados hicieron salir inmediatamente á todos, menos al enfermo, del recinto del palacio, y en pocas horas corrió por Fez la noticia de la operación maravillosa. ¡Afortunado doctor! Aquella misma noche recogió el premio, visitando las más hermosas mujeres del harem del gran Scheriff Bacali, que se le mostraron con el rostro descubierto, con sus vestidos más lujosos y le hablaron lánguidamente de sus dolores, clavando en sus ojos sus ardientes miradas. ¿Qué puede hacer con tantas mujeres el viejo gran Scheriff? Acaso lo mismo que hacían con las suyas los cortesanos mutilados de los Faraones de Egipto, de los Shah de Persia, de los Emperadores griegos de Constantinopla y de los Sultanes

de Stambul. Visitó, entre otras, á una hermosísima negra, de formas de matrona, cubierta de anillos, de brazaletes y de collares, la cual, como casi todas las demás, se quejaba de gran languidez. El médico la interrogó sobre su enfermedad.

—¿No podría,—contestó ella,—darme la medicina sin hacerme estas preguntas?

El médico respondió que le hacía aquellas preguntas por necesidad.

—Los cristianos,—dijo la mujer,—son muy curiosos.

—Y cuando su curiosidad no queda satisfecha,—respondió el médico,—adivinan.

—¿Y qué es lo que has adivinado?

El médico manifestó su pensamiento y la negra se cubrió la cara.

Yo también le pregunté qué era lo que había adivinado, pero no me respondió más que—¡Lesbio! ¡Lesbio!

* * *

De cuando en cuando viene algún español renegado á buscar al Sr. Patxot. Se dice que hay cerca de trescientos de estos desgraciados en todo el Imperio. Los más son españoles condenados por delitos comunes y escapados de los presidios de la costa; los otros, en parte desertores franceses escapados de la Argelia, y en parte canalla aventurera de diversos países de Europa. En otro tiempo ocupaban

altos cargos en la corte y en el ejército, formaban cuerpos militares especiales y estaban muy bien pagados; pero ahora han cambiado mucho las circunstancias. Apenas llegan, abjuran de la religión cristiana y abrazan el islamismo, sin circuncisión ni otras ceremonias, pronunciando simplemente una fórmula. Nadie se cuida de si cumplen ó no los deberes religiosos; los más no ponen nunca los pies en las mezquitas, ni tampoco saben las oraciones. Para ligarlos al país, exige el Sultán que se casen enseguida. Da al que la quiera una de sus negras, los demás pueden casarse con una mora ó árabe libre, pagando á todos el Sultán los gastos de la boda. Tienen que alistarse todos en el ejército, pero pueden ejercer al mismo tiempo cualquier profesión. La mayor parte pertenecen á la artillería y algunos á la banda de música, cuyo director es un español. Los soldados reciben veinticinco céntimos al día y los oficiales una peseta ó peseta y media; el que tiene alguna habilidad especial puede llegar á ganar dos pesetas. En estos días, por ejemplo, se habla mucho de un renegado alemán, dotado de cierta habilidad mecánica, que ha hecho una suerte envidiable. Este, no se sabe por qué, huyó el 73 de Argel, fué á Tafilete, en el confín del desierto; allí aprendió el árabe, vino á Fez, se alistó, y en algunos días, con unas pocas herramientas que había traído consigo, construyó un rewólver. El suceso hizo ruido; el rewólver pasó de mano en mano

hasta llegar al Ministro de la Guerra; el Ministro habló al Emperador; el Emperador quiso ver al soldado, lo animó, le dió diez pesetas y subió su paga á dos pesetas diarias. Pero estas fortunas son raras. Casi todos viven miserablemente y en tal estado de ánimo, que más bien inspiran compasión que horror. Ayer se presentaron dos renegados de hace algunos años, que tienen mujer é hijos nacidos en Fez. Uno tiene cerca de treinta años, el otro cincuenta; ambos son españoles escapados de Ceuta. El joven no habló. El otro dijo que había sido condenado á presidio por haber matado á un hombre que estaba pegando de muerte á un hijo suyo. Estaba pálido y hablaba con voz conmovida, estrujando un pañuelo que tenía en sus manos temblorosas.—Si me prometieran no tenerme más que diez años en presidio,—decía—volvería. Tengo cincuenta años, saldría á los sesenta, aún podría vivir algún tiempo en mi país; pero me espanta la idea de morir con el traje del presidiario.

Volvería al presidio á cualquier precio con tal que estuviese seguro de morir libre en España. Esta vida no es vida. Estamos como en medio de un desierto. Es una cosa abrumadora. Todos nos desprecian. Nuestra misma familia no es nuestra, porque los hijos no nos quieren y todos los incitan á odiarnos. Y además, no se olvida nunca la religión en que se ha nacido, las iglesias donde nos llevó á orar nuestra madre, sus consejos, el tiempo

más hermoso de nuestra vida... y estos recuerdos... somos renegados, somos presidiarios, es verdad; pero al fin, somos siempre hombres... estos recuerdos nos desgarran el alma.—Y al decir esto, lloraba.

* * *

La lluvia que cae á cántaros hace tres días ha reducido á Fez á tal estado, que no se creería si se describiese. Esta no es una ciudad, es una inmensa cloaca. Las calles son torrentes; las encrucijadas, lagos; las plazas, lagunas; la gente de á pie se mete en el lodo hasta los tobillos; las casas están sucias hasta encima de las puertas; hombres, caballos y mulos, parece que se han revolcado en el lodo, y los perros están tan embadurnados que no se les ve un pelo. Se ve muy poca gente, la mayor parte á caballo; no hay ni un paraguas y nadie aprieta el paso para librarse de la lluvia. Fuera del barrio del bazar, todo está tan desierto y oscuro que oprime el corazón. Por todas partes corre, se precipita y se arremolina el agua, arrastrando toda suerte de podredumbre, y ni una voz, ni un ruido humano interrumpe la monotonía de aquel ensordecedor estrépito. Parece una ciudad abandonada por sus habitantes en el momento de una inundación. Después de un paseo de una hora he vuelto á casa lleno de melancolía y he pasado algunas horas en mi estancia con los ojos fijos en los árboles que go-